

nacion en la fingida ilusion del espectáculo, ó ya volviéndole la espalda y asestando el catalejo á la animada realidad de los espectadores. Bueno será por hoy prescindir de la primera cuestion, para ocuparnos esclusivamente de la segunda; abandonar el interes dramático por el interes social, el mundo de carton por el mundo positivo, y buscar en el espectáculo cómico lo mas cómico del espectáculo; que sino lo ha por enojo no es otra cosa que el público espectador.

A la verdad que, considerado el asunto bajo este aspecto, no puede ser mas animado y profundo, y manejado por diestra mano no dejaria de producir un asombroso interes. ¡Ahi que no es nada! mil ó dos mil personajes de todos secos y condiciones; vírgenes y matronas; viudas y reincidentes; niños y viejos; solteros y maridos; Mesalinas y Lucrecias; Marcos y Colatinos; patricios y plebeyos; sombrerillos y zagalejos; chaquetillas y *sortús*. Y todo esto visual y gerárquicamente ordenado; por clases, segun el blason heráldico; por familias, siguiendo el sistema de Linneo; por precios, al tenor de la balanza mercantil; por secos, á la manera fisiológica de Russel; por tragés, segun el método de Utrilla; por genios y condiciones conforme á la craneoscopia del doctor Gall.

Las seis y media... entremos en el teatro... Media hora falta aun para comenzar el espectáculo... ¡qué cosa tan triste es un teatro sin gen-

te...! Es como si dijéramos un cuerpo sin vida, un cadáver yerto é inanimado... Y si el teatro es uno de los teatros de Madrid, ¡qué cosa tan fea además! Mirada desde las alturas la mezquina y económica *platea* parece por sus diversos compartimentos una caja de estuche ó *necesaire* sin las piezas correspondientes; mirando desde la *platea* los costados del edificio, recuerda las anaquelерías de nuestras boticas, ó los simétricos nichos de nuestros cementerios.

La misma soledad, el mismo silencio que en estos, y á la escasa luz de algunas mechas encendidas provisionalmente en la lámpara central, se ven allá cerca del techo los retratos de algunos de nuestros célebres autores, los cuales solo despues de muertos han adquirido el derecho de asistir gratuitamente al espectáculo; y aun esto tan limitado y en sitio tan poco conveniente, que mas parece que aspiran á escapar á las troneras por entre las enormes piernas de un Apolo, que mas que Apolo parece un tambor mayor.

Conforme se va acercando la hora, empieza aquel solitario recinto á dar señales de vitalidad: ya es una puerta que se abre para dar entrada á un bulto negro que aparece en la arteria de las *lunetas*, el cual mira con interes á todas partes, hace un moviento de impaciencia, y vuelve á salir precipitado; ya son algunas pausadas sombras que van á colocarse aisladas aqui y allá, quebrando asi la uniformidad de las *gradas* laterales, de

los bancos céntricos, y de la altísima *tertulia*. Ora se escucha un animado diálogo femenil en los hondos abismos de la *cazuela*; ora el ronco sonido de una tos catarral y aguardentosa, revela al observador que algun ser viviente respira sepultado en los últimos confines del *patio*.

El nuncio de la luz aparece, en fin, por un agujero, y saltando por encima de los bancos con una cerilla en la mano, se acerca á la lámpara y comunica su influencia al círculo de *quinquets*, con lo cual, y concluida su tarea, avisa á los de arriba para que den vuelta á la máquina, y sube el luciente fanal con pausa y gravedad hasta quedar colocado á la media altura del espacio. Magestuosa operacion que observan con sorpresa y entusiasmo las tiernas criaturas que han asomado á los palcos, y de que huyen por precaucion todos los desdichados á quienes tocó sentar perpendiculares bajo la influencia de aquel mecánico planeta.

Quedan, pues, al descubierto las sombrías paredes del edificio, el ahumado techo, los mezquinos bancos y sillas; y sucesivamente van dando la cara las misteriosas parejas de los palcos *por asientos*, que no ven con buenos ojos aquella iluminacion, aunque escasa; luego ocupan la delantera de la *cazuela* todas las diosas de nuestra mitologia matritense, y detras de ellas se van agrupando las modestas beldades á quienes no es necesaria tanta publicidad. Harpócrates, el dios del silencio, como todo lo perteneciente al género mas-

culino, está desterrado de aquel bullicioso recinto, y mil y mil voces, si quier gangosas y displicentes, si quier melíferas y atipladas, se confunden naturalmente en armónico diapason, y mas de una vez sobresalen por entre los diálogos de los actores, ó sobre los *crescendos* de la orquesta.

Dos campos iguales en dimension, diferentes en calidad, se dividen económicamente el elevado recinto conocido bajo el nombre de *tertulia*. Del lado de la izquierda, el seco que solemos llamar bello, ostenta sus gracias peregrinas, sus ingeniosos adornos y su amable coquetería. En el de la derecha el otro seco feo, juega las armas que le son propias, el desenfado, la galantería y la arrogancia. Crúzanse, pues, de la una á la otra banda las ojeadas, las anteojeadas, los suspiros, las sonrisas y otros signos espresivos de inteligencia, y volando á estrellarse en el techo comun, tornan á descender convertidos en vapor simpático, eléctrico, que estendiendo su influencia por todos los rincones de la sala, impregna y embalsama á toda la concurrencia en igual amoroso sentimiento.

Suspica y meticoloso por extremo debió ser el primero que tuvo la ocurrencia de la separacion de los secos en nuestros teatros... ¿y dónde? precisamente en un pais en que se miran reunidos en los templos, en el circo, y demas espectáculos públicos. A la verdad, nada se arriesgaba en apostar á que no fue marido zeloso el que tal ima-

ginó, pues si él lo fuera, á buen seguro que conviniese en abandonar bajo su palabra tres ó cuatro horas á su esposa donde apenas alcanzara á divisarla. Sin embargo, sea dicho en verdad, esta costumbre, como todas las de este mundo, tiene su contra y tambien su pro; la mitad de los hombres dicen que es mala; la mitad de las mugeres la defienden por buena; y las otras dos mitades piensan en sentido contrario... Vayan ustedes á entenderlos, ni á adivinar las razones que cada cual alegará. De todos modos no puede negarse que cuando no sea otra cosa, presta cierto saborete de originalidad á nuestro teatro madrileño que no es de desdeñar para el curioso observador.

Excepcion de esta austera conformidad es la triple fila de aposentos, donde á par que los sombrerillos y manteletas, vienen á colocarse las placas y bordados, las elegantes corbatas y los guantes amarillos; lo cual hace á esta seccion la mas armoniosa y variada del espectáculo. La luneta con sus aristocráticas pretensiones, los sillones y gradas con su público atento, inteligente y de buena fé, y el patio en su humilde modestia, sirven como si dijéramos de base á todo aquel artificio mecánico, de centro de aquellos opuestos polos.

En esta region principal es donde tiene su asiento *el abonado*, especie de planeta teatral, mitad hombre y mitad luneta, que viene periódicamente á efectuar su conjuncion con ella todas las

noches, y á formar las mas veces entrambos una sustancia homogénea de palo y de baqueta, para quien son indiferentes el compas clásico ó el romántico vuelo, y en quien suelen embotarse las magnéticas sensaciones con que pretendiera el poeta electrizar al auditorio. Este obligado adorno de las filas mas avanzadas de la luneta es de rigor que ha de entrar con solemnidad á la segunda escena del segundo acto, y atravesar en movimiento ondulatorio por el estrecho límite que permiten las piernas de los demas espectadores, no sin desagrado de estos, que en tal momento miran interponerse aquel cuerpo extraño entre sus ojos y la escena; pero la política ecsige el mayor disimulo, y que se repriman las muestras de aquel enojo, para corresponder con afectada sonrisa al elegante Adonis que reparte sendas cabezadas á todos sus compañeros de banco. Llegado despues á su término final, á su luneta, que le espera para recibirle en sus brazos, es indispensable que ha de bajar el asiento con notable estrépito, y de este modo atraer hácia su persona la puntería de todos los anteojos de los palcos, á cuya interesante atencion corresponde el abonado, permaneciendo en pie largo rato con la espalda hácia la escena, componiendo simétricamente el cabello con el antecado guante, sacando despues el pañuelo, impregnado en *patchouly* y *bálsamo de Turquía*, limpiando cuidadosamente los cristales del doble antejo, y dirigiéndoles despues circularmente á to-

dos los aposentos, la cazuela y la tertulia. Verificadas todas estas operaciones el abonado se vuelve, en fin, á la escena, y si en tal momento alcanza á atraer una rápida sonrisa de alguna actriz, ó tal cual disimulada cortesía de algun cantante, es como si dijéramos el bello ideal de la fortuna, la suprema dicha teatral.

El abonado por lo demas presta poca atencion al espectáculo, y como este nunca es nuevo para él, porque si es segunda representacion asistió igualmente á la primera, y si es primera vió tambien el ensayo, nada puede interesarle, antes bien mira con desden y aun con lástima la obligada atencion del auditorio, y el efecto imprevisto que sobre él suelen ejercer las distintas situaciones del drama; y cuando estas lleguen á su mayor interes, afectará volver desdeñosamente la cabeza, ó hablará con los músicos, ó se dirigirá á cualquiera de sus colaterales, diciéndole: — “Ahora el tirano va á darle la copa envenenada...” — y cuando esto sucede, y todos los espectadores revelan en sus semblantes lo angustioso de la situacion, se ve reir la faz tranquila del abonado, y escúchase su voz harto perceptible que dice: — “No tengan ustedes miedo, porque ahora va á salir la dama á matar al tirano con un agudo puñal.” —

Durante el entreacto el abonado sube á visitar los palcos, y como bola de cubilete entra y sale de una en otra casilla, y ora le vemos en un palco bajo hablando en francés, y afectando la serie-

dad diplomática entre dos lonjanísimos extranjeros, ora en un principal, siendo la causa de la bulliciosa alegría de una coleccion de beldades que se disputan sus respuestas, sus miradas, y son esactamente del mismo parecer sobre el mérito de la pieza.

No menos interesante y animada otra seccion del auditorio sienta por lo regular en las filas céntricas; esta es la seccion de los inteligentes, y se compone, como quien nada dice, de los autores dramáticos, los escritores folletinistas, y tal cual actor en descanso que aquella noche no le tocó figurar. Esta seccion es bulliciosa de suyo, comunicable y expansiva; sus decisiones son absolutas y sin apelacion; pronúncianse *ex-catedra*; comision de aplausos la llaman unos; sociedad de seguros la dicen otros; pero los unos y los otros esperan con atencion las muestras inequívocas de su sentencia, y aplauden si aplaude, y silban por simpatía cuando escuchan á la inteligencia silbar.

Los demas compartimentos de la planta baja son ocupados en simétrica variedad por aquella parte del *respectable público*, que en el Diccionario moderno solemos llamar *las masas*: en cuya confeccion entran indistintamente los drogueros de calle de Postas y el honrado ropero de la calle Mayor, el empleado vetusto y el imberbe meritorio; el inesperto provincial y el pacífico artesano; todos los cuales vienen al teatro los domingos y fiestas de guardar á divertirse con la me-

por fé del mundo, y á pillar de paso, si pueden, una leccioncita moral; y la diversion que encuentran no es nada menos que tres ajusticiados y un tormento; y la moral que suelen beber, la que se destila de un suicidio ó un par de adulterios.

Con lo cual, concluida la *diversion*, vuélvese á casa el honrado ciudadano, bien persuadido de que todas las mugeres son cortadas por el patron de *Catalina Howard* ó *Lucrecia Borgia*, y que todos los hombres son poco mas ó menos á la medida de los *Antoni* y *Ricardo Darlington*; de todo lo cual viene á deducir que la peor gente del mundo son los hombres y las mugeres, que toda sociedad es una picardía, todo gobierno un embrollo, toda religion una farsa, y toda la ecsistencia una pura calamidad.

Y á la verdad que la consecuencia no puede ser mas natural, porque *si el hombre ó la muger* que se les ha representado en la escena ha sido un príncipe, por fuerza ha de haber tiranizado á sus pueblos, y ha de reunir el fanatismo y la crueldad, la hipocresía y el dolo; si ha sido princesa, habránla visto dar convites envenenados, y entregar sonriéndose al verdugo la hermosa cabeza de su amante, ó arrojar al rio á los favoritos con quienes ha pasado la noche; si ha sido hombre del pueblo, por fuerza sería hijo de un verdugo, y habrá conspirado contra su mismo bienhechor, y se habrá levantado á fuerza de bajezas á las altas dignidades de la república; si ha

sido juez, naturalmente habrá sido seductor de su víctima y perjuro, venal y corrompido; si ha sido esposa, habrá enterrado vivo á su esposo para dar la mano á su rival; si ha sido madre, se habrá enamorado de su propio hijo; y si fuere hijo, habrá ensangrentado su acero en el autor de sus dias; si ha sido religioso, habrá abusado de su santo ministerio para seducir la inocencia ó para ejercer sus venganzas; si ha sido, en fin, amante, por fuerza habrá sido movida por un amor vergonzoso y criminal. Semejantes primores de la moderna escena son como si dijéramos el cotidiano alimento que se da á un pueblo incauto á quien se pretende instruir y deleitar; de esta manera se le enseña la historia en caricatura; se le familiariza con las escenas patibularias; se le aparta de toda creencia; se le arrastra, en fin, á un abismo sin límite conocido.

Por fortuna esta eesageracion de colorido, esta brillantez de la mentira, lleva su correctivo en su misma demasía, y una vez disipadas las primeras impresiones, la razon va recobrando su imperio, y convirtiendo en ridículo aquello mismo que un momento se admiró como sublime. El observador filósofo no puede menos de reconocer esta benéfica reaccion, y mira con placer á la concurrencia, no ya agitada y entusiasta ante las formidables peripecias del drama inmoral, sino distraida é indiferente, como quien no cree lo que mira, no pocas veces respondiendo con burlona

sonrisa en vez de las violentas lágrimas que la demandaba el poeta.

*“On ne voit pas pleurer personne ;  
pour notre argent nous avons du plaisir ;  
et le tragique qu'on nous donne  
est bien fait pour nous rejouir.”*

Pero veo con dolor que arrastrado por lo importante del argumento, me aparto insensiblemente de mi estilo y propósito, y como que parezco volver cara á la escena, abandonando mi objeto, que es pintar al público espectador. Sin embargo, tiene tal relacion el efecto con la causa, que apenas es posible tratar de aquel sin rozarse algun tanto con esta. Afortunadamente en este momento cae el telon y el drama desaparece; unas cuantas varas de lienzo se han interpuesto entre la sociedad fantástica y la sociedad positiva; los *Hernanis* y las *Tisbes* huyeron de nuestra vista, y ya solo tenemos delante las *Tomasas* y los *Pedros*; *el hombre* y *la muger* se han convertido ya en mugeres y en hombres; el castillo feudal en un menegado coliseo, y los canales misteriosos de Venecia, en los animados callejones de palcos y cazuela.

Aqui quisiera yo tener una pequeña dosis de la imaginacion poética de nuestros autores, para bosquejar aunque de ligero esta escena final, que aunque para algunos podrá parecer insignificante; es para muchos la que forma el principal interes del drama.

Los que conocen la estructura de nuestros teatros madrileños saben ya lo menguado y oscuro de sus escaleras, sus estrechas puertas y pasillos, su taquigráfico portal. Pues bien, en aquellas escaleras, en aquellos callejones, y á la luz de aquellos farolillos, se verifica en el acto solemne de la salida la reunion misteriosa y armónica de quinientas parejas, que suben, que bajan, que cruzan, que corren de aqui para allá, buscando cada uno su cara mitad, y mirando de paso á las mitades ajenas... De aqui puede inferirse sustancialmente el interes y fuerza cómica de semejante desenlace, la animacion y el movimiento de tal escena final.

El rápido mozalvete, que volando en alas de su amor y su deseo, atraviesa por sobre las piernas de los lacayos dormidos en la escalera, y va á situarse á la salida del palco, para tener ocasion de arreglar una manteleta ó correr á avisar al cochero; el pausado esposo, que detenido por la gente que sale de las lunetas, se agita y desespera por llegar á recibir á su esposa, cuando ésta baja ya cortesmente sostenida por una mano anteaada que casualmente se encontró al paso; el amante desdichado, que al ir á ofrecer la suya al objeto de su ternura, se siente asir por una harpía de siglo y medio, que empieza ya de antemano á ejercer los rigores de suegra; los formidables lacayos asturianos cargados de almohadas y mantones que cruzan bárbaramente, abriendo un ancho surco en aquella apiñada falange; los zelo-

esos papás que tratan de poner á cubierto las gracias de sus hijas, robándolas á las indiscretas miradas de los jóvenes que coronan en correcta formacion ambos límites de la escalera; las viejas, que llaman al gallego con voz nasal y angustiada; los niños, que lloran porque los pisan, ó que dominados por el sueño van tropezando en todos los escalones; los reniegos de los que van á tomar el coche contra los que no les dejan llegar á él; las imprecaciones de los que esperan ir á pie, contra los coches que obstruyen la salida; las pérdidas improvisadas de alguna dama; los hallazgos repentizados de algun galan; los chascos de tal cual amator que esperaba por una escalera, mientras el objeto de sus esperanzas descendia por la otra; las curiosas glosas del drama, que se escuchan en boca de un mozo del Lavapies ó de una manola del Barquillo; aquel eterno disputar sobre si la escena del veneno era mas bonita que la del tormento, ó si la comedia estaba en prosa ó en verso; aquel decir picardías del traidor, y salir poco satisfechos porque, aunque se dice que le ahorcaron, no le vieron ahorcar; aquel comparar mentalmente al romántico galan ideal con el clásico marido efectivo; aquella rápida transicion desde las imaginaciones poéticas á las prosáicas, desde la historia fingida á la historia verdadera; todos estos son objetos dignos de observacion, y tan gustosos de ver como imposibles de describir.

El teatro, en fin, vuelve á quedar en silen-

cio, y el alcaide cierra cuidadoso las puertas del templo de la ilusion; el poeta regresa á su modesta habitacion á dormir al arrullo de los aplausos ó de los silbidos; el actor depone mantos y coronas y toma paraguas y sombrero para dirigirse á cenar; el viento fresco de la noche disipa las quimeras en la agitada mente del espectador, y cuando éste al poner el pie en la calle piensa todavía escuchar la terrible campana de San Marcos, reconoce con placer que no es nada de esto, sino que dan las doce en el reloj de la Trinidad.



# Costumbres literarias.

---

## I.

### La Literatura.

---

\*Virtud y filosofía  
peregrinan como ciegos;  
el uno conduce al otro,  
llorando van y pidiendo.»

*Lope de Vega.*

Desde que en España hay literatura, se ha venido repitiendo constantemente que en ella no puede haber literatos; y siéndolo los mismos que dicen esto, preciso será creerlos bajo su palabra, y convenir con ellos en que el cultivo de las letras no es entre nosotros el mejor género de cultivo.

Y á la verdad, ¿qué es un literato, meramente literato, en nuestra España? Una planta ecsótica á quien ningun arbol presta su sombra; un ave que pasa sin anidar; espíritu sin forma ni color; llama que se consume por alumbrar á los

demás; astro, en fin, desprendido del cielo, en una tierra ingrata que no conoce su valor.

Si confiado en la superioridad de su genio, no supo unir la adulacion á las dotes de su talento; si mirando desdeñosamente los intereses materiales, no acertó á mendigar un favor del poderoso, favor menguado que apartándole de sus nobles ocupaciones le convierte en lisonjeador de oficio ó en mecánico oficinista; todo su saber, por grande que sea, bastará tal vez á conquistarle un lugar distinguido en las crónicas literarias del país; acaso la posteridad encomiará su genio, acaso levantará estatuas á su memoria; pero en tanto su vida se consumirá angustiada en medio de las más tristes privaciones; y aquel hondo despecho que produce en el alma un desden injusto, abreviará sus días, y le conducirá muy luego al ignorado sepulcro que en vano buscarán sus futuros admiradores.

Hubo un tiempo, es verdad, en nuestro país que parecia presagiar á las letras mas alta fortuna, mas estimada consideracion. Los siglos XVI y XVII, imprimiendo en este punto á las costumbres una tendencia bienhechora, vieron muy luego aparecer eminentes ingenios que, consignando eternamente la gloria de aquella edad, recompensaron con usura los favores que de ella pudieron recibir.

Sin embargo, no bastó tampoco entonces el talento literario; preciso fue tambien unir á él la

intriga cortesana, y saber prescindir en ocasiones del hombre de letras, para aparecer bajo el aspecto del hombre político ó del discreto palaciego. Los que como Quevedo, Mendoza y Saavedra, supieron reunir estas cualidades á las de escritores, vieron recompensado su mérito con altos empleos, con regios favores, y figuraron airoosamente entre los primeros hombres públicos de su tiempo; los que como Cervantes, Lope y Moreto, limitaron su ambicion á la gloria literaria, fueron, es verdad, el objeto de entusiasmo de su siglo, y pudieron presagiar en vida el tributo de admiracion que habia de rendirles la posteridad; mas sus trabajos, tan aplaudidos y admirados, no bastaron á asegurarles una cómoda subsistencia, ni á legar á sus hijos otra cosa que la gloria de sus nombres esclarecidos. Lope de Vega quedó empeñado al morir despues de haber escrito dos mil comedias ( que los cómicos solian pagarle á 500 reales), y otras muchísimas obras sueltas. Calderon vendió todos sus Autos Sacramentales á la villa de Madrid por 160 reales; y Miguel de Cervantes tuvo que mendigar el socorro de un magnate para dar á luz la obra inmortal que habia de ser el primer título de la gloria literaria del pais.

Quando en el último tercio del siglo anterior volvieron á aparecer las letras despues de un largo período de completa ausencia, una feliz casualidad hizo que hombres colocados en alta posicion

social fueran los primeros á cultivarlas; y de este modo se ofrecieron á los ojos del público con mayor brillo y consideracion. Montiano y Luyando, Luzan, Jovellanos, Campomanes, Saavedra, Llaguno y Amirola, los PP. Isla y Gonzalez, el duque de Híjar, los condes de Haro y de Noroña, Viegas, Forner, Cadahalso y Melendez ocupaban los primeros puestos del Estado, las sillas ministeriales, las dignidades eclesiásticas, las embajadas, la alta magistratura y los grados superiores de la milicia; bajo este aspecto pudieron servir y sirvieron efectivamente á las letras, tanto para adquirirlas en el concepto público aquel respeto que por desgracia solo se prodiga á los falsos oropeles, cuanto para estimular á la juventud á emprender una carrera que no aparecia ya como incompatible con los halagos de la fortuna. Empero de un extremo vinimos á caer en el opuesto; los jóvenes se hicieron literatos para ser políticos; unos cultivaron las musas para explicar las Pandectas; otros se hicieron críticos para pretender un empleo; cuáles consiguieron un beneficio eclesiástico en premio de una comedia; cuáles vieron recompensado un tomo de anacreónticas con una toga ó una embajada. Y siguiendo este orden lógico se ha continuado hasta el dia, en términos que un mero literato no sirve para nada, á menos que guste de cambiar su título de autor por un título de autoridad. De aqui las singulares anomalías que vemos diariamente; de aqui la

prostitucion de las letras bajo el falso oropel de los honores cortesanos. — ¿Fulano escribió una letrilla satírica? Escelente sugeto para intendente de rentas. — ¿Zutano compuso un drama romántico, ó un clásico epitalamio? Preciso es recomendarle con una plaza en la Amortizacion. — Aquel que hace muy buenas novelas, á formar la estadística de una provincia. — Este que ha traducido á Byron, á poner notas oficiales en una secretaría. — El otro que escribió un folletin de teatros, á representar al gobierno español en un pais extranjero.

Entre tanto aquellos escritores concienzudos que ven en el cultivo de las letras su sagrada y única mision, y que no sabiendo ó no queriendo abandonarlas esperan recibir de ellas la única corona á que aspiran, yacen arrinconados, y como se dijo al principio, peregrinos en su propia patria; y el pueblo que los mira, y los magnates que no comprenden la causa noble de su desden, le arrojan al pasar una mirada compasiva, ó llegan á dudar hasta de sus intenciones ó su talento... “¡Literato...! ¿Qué quiere decir literato...?” le preguntará la autoridad al empadronarle. “¡Poeta...!” repetirá el pueblo... “¡valiente poeta será él cuando no ha llegado á ser ni siquiera intendente ó covachuelo!”

De esta manera la multitud, que solo juzga por resultados, se acostumbra á ver la literatura como un medio, no como un fin; como un título

de elevacion, no como un patrimonio de gloria; y entre tanto que ensalza y eleva al talento, y engalana la persona del autor con relumbrantes uniformes, deja olvidadas sus obras en la librería; y por una singular contradiccion, aquellos mismos escritos bajo los cuales se escondia una elevada posicion social, sirven al mismo tiempo para que el inhumano tendero envuelva en ellos las pasas de Málaga ó los quesos de Rochefort.

## II.

### El Manuscrito.

---

«Asi se animarán nuevos autores  
á imprimir obras que vender al peso.»

*Iriarte.*

Y para hacer mas sensible el argumento por medio de un ejemplo, figurémonos un autor que despues de haber dedicado largos años á trabajar concienzudamente una obra literaria, ve por fin concluido aquel trabajo, en que vincula la gloria de su nombre y las esperanzas lisonjeras de su porvenir... ¡Pobre autor! ¡Tú creías cuando dabas fin á la última página de tu libro que nada te quedaba ya que trabajar, nada que padecer! Pues

entonces es cuando empieza tu verdadero sufrimiento, tu mas ingrata molestia... Por fortuna en el dia no tienes que temer las trabas de una arbitraria censura, ni necesitas mendigar un permiso que las leyes actuales te conceden gratuitamente... Si hubiera sido hace algunos años, tu primera diligencia sería forzosamente la de poner un *pedimento* en papel sellado, y cargado con él y con tu manuscrito acudir á la escribanía de cámara del Consejo, dejándolos allí confiados en manos de curiales y entre *despojos y moratorias*... ¡Qué agudo puñal para un escritor al dar el terno á Dios (que podia muy bien ser el último) á su amada obra, y arrojarla entre profanos que midiéndola por su escasa inteligencia no hacian escrúpulo en despreciar un manuscrito que acaso la posteridad miraria como un tesoro!

El secretario formulaba su relacion, y cargando con el manuscrito entre los demas papeles del despacho, entraba al Consejo á dar cuenta de él, entre un permiso de feria y un alegato de bien probado; el tribunal mandaba censurar aquel, y el escribano era regularmente el que designaba el censor; y si la obra era de bella literatura, la remitia al guardian de san Francisco ó al cocinero de los Mínimos; y si hablaba de historia no faltaba algun capellan de monjas; ó algun abogado de colegio si se trataba de una coleccion de poesías. En vano el pobre autor trataba de adivinar por todos los medios posibles en qué manos

se hallaba; este secreto era secreto de Estado, y los hombres de ley sabian guardarlo, y dar así á los censores todo el desahogo posible para que pudieran meditarla á su sabor dos ó tres años. ¿Quién pintará las angustias de aquel mísero autor en este tiempo? ¿Quién sus esquisitas diligencias para descubrir el paradero de su futura gloria? Por fin, al cabo de muchos meses y de varios pedimentos de recuerdo decretados por el tribunal, el tiránico censor devolvía la obra, ó con una negativa terminante, ó toda mutilada con inmundos borrones que hacían desaparecer su mérito principal; y gracias cuando no se metía á enmendarla de su propia autoridad, y hacer decir al autor cosas que ni en sueños imaginara. Satisfecho de este modo el tribunal de que el libro no contenía nada contra nuestra santa religion ni las regalías de la corona, solía conceder el permiso, y el autor se daba por muy satisfecho cuando á vuelta de algunos ducados, y aparapetado con su real cédula, lograba recoger aquella oveja descarriada, su libro querido, todo desvencijado por manos impuras, y con sendas rúbricas en cada una de sus fojas.

Ahora, es verdad, los tiempos han cambiado; para ser autor no se necesita mas que un buen ánimo; y en gracia de esta libertad han llegado las letras á la altura que las vemos. Asombroso, á decir verdad, debe ser el número de obras importantes que han debido ver la luz desde que se

abolió toda censura; nuestros escritores, que antes se escudaban con ella para justificar su silencio, han podido dar á conocer sus prodigiosos adelantos y su genio superior. Ciencias, artes, literatura, todo han podido tratarlo con estension; nadie les ha ido á la mano... Desde entonces las imaginaciones han tomado un vuelo gigantesco, las luces se propagan, las prensas gimen, y... ¡desgraciada la madre que en estos tiempos no tiene un hijo escritor...! Por resultado de este movimiento admirable, benéfico, sublime, ¿dónde estan las enciclopedias profundas, las filosóficas historias, los científicos viajes, las críticas novelas, los admirables poemas? Sin duda que han debido abundar en estos tiempos de franquía político-literaria. Sin duda que nuestros escritores se habrán dado prisa á vengar el honor nacional y á responder victoriosamente á los terribles cargos que de dos siglos á esta parte les dirige la Europa entera... Sí señor, han respondido, han escrito multitud de volúmenes... de periódicos, llenos de partes militares ó de alocuciones civiles. El público no quiere mas historias que la historia contemporánea, ni busca otro progreso sino el progreso de la guerra.



## III.

*La Librería.*  

---

«En literatura el producto del trabajo  
está en razon inversa de su importancia.»

*Adisson.*

Mas volviendo á nuestro anónimo escritor, á quien hemos dejado con su manuscrito bajo el brazo, salvándole cual otro Camoens de los embates de las olas, sigámosle paso á paso en sus diligencias ulteriores hasta ver realizado el objeto de sus esperanzas.

Por de pronto le encontraremos corriendo una á una todas las imprentas de Madrid, y cotejando formas, y demandando precios, y escogiendo papel, y reduciendo, en fin, á números todas las circunstancias del contrato, hasta arreglar convenientemente sus bases.

Pocas cosas hay en verdad tan entretenidas como ver á un literato ajustar una cuenta ó formar un cálculo, con aquella misma pluma con que suele volar por las vagas regiones de la fantasía. La falta de práctica, y su escaso conocimiento de los guarismos, le hacen equivocarse á cada paso la

cuenta, y suma y multiplica, y vuelve á sumar y multiplicar, y unas veces saca mil y otras un millon, y quien de 24 quita 6 deja 40 y llevo 7; dos mil ejemplares vendidos á duro hacen 200,000 duros; rebajados 500 por el coste de impresion quedan 150,000 duros, limpios de polvo y paja... ¿Adónde vamos á parar?

Que se ajustan, en fin, literato é impresor, y que empieza la tarea de la composicion, y la *correccion de pruebas*, y el *ajuste*, y el *pliego de prensa*, y la *tiracion y retiracion*, y las *capillas*, y el *alce*, y el *plegado*; y mi autor en algunos meses no sabe qué cosa es dormir, ni sosiega un solo instante; y unas veces riñe con el regente de la imprenta por la tardanza, y otras con los cajistas por la precipitacion, y se desespera por una errata, porque en vez de *tu mano esquiva* le han puesto *tu mano de escriba*, ó en lugar de *memoria póstuma* han estampado *memoria postema*, ú otros *quid pro quos* tan inocentes como estos, en que suelen incurrir los inocentes cajistas.

Llega, por fin, el suspirado momento en que ya corrientes y encuadernados los ejemplares de impresion va á proceder á la venta, y una mañanita temprano sale mi diligente autor á recorrer uno por uno todos los esquinzos de Madrid, donde ha hecho fijar enormes cartelones con letras tan grandes como todo el libro, y se aflige y desespera porque unos los encuentra demasiado altos, y otros demasiado torcidos; cuáles empeza-

dos á rasgar; cuáles rasgados del todo; estos cubiertos por un anuncio de novillos; aquellos ofuscados por una funcion de cofradía. Pero se consuela con que en aquel mismo dia la *Gaceta* y el *Diario* han anunciado su obra *en términos precisos*, y que ya de antemano ha regalado un ejemplar á todos los periodistas de Madrid, los cuales en conciencia no podrán menos de decir que la obra es excelente y su autor muy buen sugeto, con la demas música celestial de costumbre, no olvidando al final la librería donde se vende ó se quiere vender.

Y aqui llamo la atencion de mis lectores no madrileños para hacerles un pasagero bosquejo de lo que es *una librería* en nuestra heróica capital. Siempre que á su paso encuentren una portada gótico-arabesca y hermoso cierre de cristalería; siempre que vean relucir en el interior brillantes dorados y transparentes, y coronada la pintada muestra por un cuerno de Amaltea ó por una fama trompetera, aquello por supuesto no es una librería, sino un almacen de objetos mas sublimes, tales como guantes ó confitura. Siempre que miren un prolongado mostrador, asediado por multitud de bellezas mercantes, por infinidad de galanes paganos, alli por supuesto no se venden libros, sino sedas y cachemiras, ni se conocen otras letras que las de "*precios fijos*" estampadas en góticos caractéres en el fondo del almacen.

Empero cuando vean un menguado recinto de cuarenta pies de superficie, abierto y ventilado

por todas sus coyunturas, cubiertas las paredes de unos andamios bajo la forma de estantería, y en ellos fabricada una segunda pared de volúmenes de todos gustos y dimensiones, pared tan sólida é inamovible como la que forma el cuadrilátero recinto; siempre que vean éste cortado á su término medio por un menguado mostrador de pino sin disfraz, tan angosto como banco de herrador, y tan plana su superficie como las montañas de la Suiza; siempre que encima de este laboratorio vean varias hojas impresas á medio plegar, varias orteras de engrudo, y el todo amenizado con las recortaduras del papel y los restos del pergamino; siempre que detras acierten á columbrar la fermentida estampa de un hombre chico y panzudo, como una olla de miel de la Alcarria, y vean sobre la abertura que forma la trastienda un mezquino nicho en forma de altar con una estampa de san Casiano, patron de los hombres de letras; siempre que encuentren, en fin, todas estas circunstancias, detengan el paso, alcen la cabeza, y verán en los dos esquinazos de entrada unos misteriosos emblemas de líneas blancas y coloradas, y sobre el cancel un mal formado rótulo que en anticuadas letras dirá forzosamente "LIBRERÍA."

A decir verdad que nada es tan á propósito para dar una idea del estado de la literatura en nuestro país, como el aspecto de las tiendas de libros, que sin celos ni estímulo de ninguna especie han visto progresar y modificarse segun los

preceptos de la moda á las quincallerías, floristas, confiteros, todos los almacenes de comercio, hasta las zapaterías y tabernas, y ellas, impasibles en aquel estado normal que las imprimió el siglo XVIII, han permanecido estacionarias sobreviviendo indiferentes á las revoluciones de la moda y á las convulsiones heroicas del pais.

Si prescindiendo de la librería, consideramos aisladamente la persona del librero, hallaremos en él la misma inamovilidad, igual estoicismo que en aquella. Desdeñando con altivez todos los esfuerzos del resto del comercio, vive tranquilamente encuadrado en su mostrador de pino y sus anaqueles de becerro, repartiendo el producto del humano saber con sus compañeros los ratones (que los hay con un hambre del año 12); si escucha hablar del celoso movimiento de los librerros de Londres y París, del lujo de sus almacenes, de la pompa de sus catálogos y de sus grandes empresas mercantiles, el librero madrileño sonrie desdeñoso, y sigue sin responder, plegando calendarios ó dando á los cartones una mano de engrudo. Si se le pregunta por el mérito de una obra, responde con indiferencia: "No es cosa; no se han vendido mas que cien ejemplares." Para él la pauta de todos los libros está en su libro de caja, y por este estilo aprecia mas que las obras de Homero, el Sarrabal de Milan, y mucho mas el Arte de cocina, que los Varones ilustres de Plutarco.

Ocupado constantemente en sus mecánicas tareas, escucha con indiferencia las interesantes polémicas de los abonados concurrentes (todos por supuesto literatos), que ocupan constantemente los mal seguros banquillos estramuros del mostrador; los cuales literatos cuando alguno entra á pedir algun libro, le glosan y le comentan; y dicen que no vale cosa; y despues de juzgarle á su sabor, le piden prestado al librero un ejemplar para leerle. Y mientras tanto ojean un periódico, y mascan y muerden á su sabor el artículo *de fondo*, y luego la pegan con la comedia nueva y hacen una diseccion anatómica de ella y de su autor. Todo hasta que dan las dos, hora en que el librero recogiendo sus chismes les invita por la forma á comer la puchera, que es lo mismo que decirles que se vayan á la calle. Y luego cierra la tienda, y come y duerme su siesta, y vuelve á abrir, y vuelve á reproducirse la escena anterior.

Pero si mal no me acuerdo dejamos á mi autor caminando hácia la librería; pues bien, figurémonos que entra en ella á la sazón que el librero acaba de despachar un ejemplar, el tercer ejemplar de su obra, y que los literatos del banquillo han abierto la discusión sobre ella. — ¿Ha leído usted, señor don Hermógenes, ese libro nuevo? — ¡Cómo si lo he leído! Página por página me lo ha consultado su autor. — ¡Calle! ¿conoce usted al autor? — ¡Pues no le he de conocer, si ha sido discípulo mio! y dé gracias á mis advertencias y

correcciones, que sino... pero callemos, que no es cosa de decirlo todo; dejémosle gozar tranquilamente de los honores del triunfo. — Me han dicho (replica don Pedancio) que es un muchacho de mérito, y que... — Sí señor, *tiene chispa*, y si estuviera bien dirigido... — ¿Cómo bien dirigido? ¿pues no he dicho que le dirijo yo? — Tiene usted razón, y á decir la verdad, ya me parecía á mí que era imposible que ese mozo hiciera por sí nada de provecho; figúrense ustedes que le he conocido hace veinte años jugando á la rayuela todas las tardes con los chicos de mi vecino don Abundio... y luego, señor, lo que yo digo, ¿qué han de saber estos muchachos, ni qué universidades han cursado, ni qué oposiciones han sostenido, ni...? (Mientras este ligero diálogo, el jóven autor ha entablado un aparte con el librero para informarse de la venta, y luego que éste le asegura que en todo el dia ha realizado tres ejemplares, hace un gesto espresivo, da un suspiro, y lanzando una mirada fulminante á los interlocutores se sale precipitadamente de la tienda.) — Oiga usted, señor amo de casa, ¿no querrá usted decirnos quién es ese caballereite que acaba de salir? — Ese caballereite (responde el librero) es un amigo de todos ustedes y protegido de mi señor don Hermógenes. — ¿De veras? — Sí señores, es el autor de quien ustedes hablaban, y no sé cómo no le han conocido. — A la verdad, replican todos, que está bastante desfigurado.. y

luego esta vista tan cansada... ¿no es verdad, usted, señor don Pedancio? —

Los quince primeros días repite diariamente el jóven la visita á la librería, y ajustando mentalmente la cuenta saca la consecuencia de que en ellos han despachado veinte y cinco ejemplares, y sin embargo todo el mundo le habla de la obra, y todos sus amigos se la elogian y le colocan á par de Cervantes; es verdad que él ha tomado la precaucion de regalársela á todos; y al cabo del mes pide cuentas al librero, el cual se la da de treinta ejemplares, y al segundo mes de diez, y al tercero de ninguno; y entre tanto el impresor le ha cobrado la suya, y el encuadernador igualmente, y advierte, en fin, que su futura gloria le ha costado un purgatorio presente, y que en vez de los ciento cincuenta mil duros de ganancia se halla con cien doblones de menos en el bolsillo.

#### IV.

#### El Autor.

---

*«Oui, j'aime mieux, n'en de plaise á la gloire  
vivre au monde deux jours que mil ans dans l'histoire.»*  
Moliere.

Y con perdon de la gloria,  
mucho mas estimaría  
vivir en el mundo un día  
que mil años en la historia.

Entonces reconoce la ingratitude del siglo, y

medita filosóficamente sobre la ignorancia de la multitud; pero temple su dolor con la consideracion de los inconvenientes de las riquezas, y la gloria que le brinda la fama en las futuras edades, con lo cual se determina á pasar el resto de sus dias dedicado á la filosofia y al estudio. Mas desgraciadamente llega el dia 3o del mes, y el casero le recuerda el alquiler del cuarto; la patrona le reclama el gasto de casa, el sastre tiene la inhumanidad de presentarle la cuenta, y hasta el grosero asturiano que le sirve se atreve á interpelarle sobre el pago de su salario.

El desdichado autor cae entonces bruscamente desde su cielo ideal en este mundo mecánico y positivo; mira con dolor que el ingenio es un capital pasivo que no empieza á producir hasta despues de la muerte; que la sabiduría no tiene cosecha, ó que si siembra ideas es para recoger únicamente desengaños; que hacer libros donde nadie lee es ponerse á fabricar rosarios en Pekin; que aquella individualidad, aquella sublime excepcion á que ha aspirado por resultado de sus tareas, le han constituido en una situacion ecsótica en medio de una sociedad material y positiva; y que, en fin, todo su talento, toda su nombradía, no pueden hacerle prescindir de aquellas necesidades que esta misma sociedad le impone.

Entonces es cuando dando un nuevo giro á sus ideas, las materializa y dirige á un resultado positivo; entonces cuando hace el sacrificio de su fu-

tura gloria en gracia de su vivir presente; y trata de hacer valer sus circunstancias para llegar á clasificarse en esta misma sociedad que antes miraba con enfático desden. Entonces es cuando cambia las bibliotecas por las antesalas, los profundos volúmenes por los periódicos fugitivos; las relaciones literarias por las encumbradas y políticas; entonces cuando hace la oposicion ó la defensa de los ministros; entonces cuando brilla en su mayor esplendor, y todos alaban su talento y pasa de mano en mano altamente recomendado, hasta que da en los de un poderoso Mecenas que en justo galardón de sus conocimientos literarios, ó de su númen poético, le encaja una contaduría de estancadas ó una administracion de correos; con lo cual el ex-autor hace almoneda de sus libros, vende al peso todas sus impresiones á un almacenista de chocolate, y marcha satisfecho á desempeñar su destino y á firmar *oficios* y *cargarémes*. Y aqui concluyó el literato y empezó su positiva carrera el funcionario público.



# Requiebros de Navapies

EN ROMANCE.

---

Asoma, estrella del barrio,  
á esa ventana rasgada,  
y oirás cómo un Manolo  
sabe espresarse cuando ama.

Verás con tus negros ojos,  
oirás con tus orejizas,  
olerás con tus narices,  
y tentarás con tus palmas,

Cómo mi rostro se arruga,  
cómo mi lengua se traba,  
cómo mi cuerpo padece,  
cómo se agita mi alma;

Cuando con aire de taco  
pones los brazos en jarras,  
cuando cruzas la mantilla  
ó echas un voto de marca.

¡Oh bien haya el que á su lado  
te tenga un rato sentada,  
quien te cogiere una liga  
ó te rascáre la caspa!

¿Por qué, dime, infiel manola,  
por qué dime, fiera *Paca*,

te huelgas con mis suspiros  
y te ries de mis ansias?

¿Es acaso por el chirlo  
que me divide la cara,  
por lo poco que cojeo,  
ó porque un ojo me falta?

Advierte que estas señales  
pruebas son de mis hazañas,  
que ha cantado en estos barrios  
la trompeta de la fama.

¿No soy yo aquel temeron  
cuya historia se relata  
desde el *campo de Manuela*  
hasta la costa africana?

¿No soy aquel cuyas glorias  
en nobles versos ensalzan  
todos los ciegos al son  
de destemplada guitarra?

¿No soy aquel que los hombres  
supo humillar á sus plantas  
dispensando á las mugeres  
mi proteccion soberana?

¡Cuántas me hicieron favor!  
¡cuántas me dieron las gracias,  
y aumentaron mis trofeos  
con el brillo de su fama!

Mas... ¿qué digo? tú tambien,  
ora tan fiera y tirana,  
hubo un tiempo... ¿no te acuerdas?  
en que dijiste me amabas.

Y aquel tiempo ya pasó...  
¿mas por qué ha pasado, ingrata?  
¿qué causas te pude dar  
para tan fiera mudanza?

Culpa de un garrote fue;  
mas ¿qué son, prenda adorada,  
entre dos que bien se quieren  
tres palizas por semana?

Fantasías juveniles,  
zelos, propios de quien ama,  
mi osada mano impelieron  
contra tus dulces espaldas.

Ya la razon me templó;  
ya no soy zeloso, Paca,  
ya la mano que pecó  
quiere reparar sus faltas.

Seis años de *esposa* dura  
la hacen desear la blanda;  
hierros borraron sus yerros  
y amansaron su pujanza.

Heme, que ya arrepentido  
torno á humillarme á tus plantas  
en demanda de aquel *sí*  
que el amante pecho aguarda.

Tus gracias y mi valor  
formen de hoy mas alianza,  
y naveguemos unidos  
del mundo en la fragil barca.

Mis facultades son pocas,  
mas ya te dice la fama

que serán las que quisiere  
poniéndome donde lo haya.

Lo que mi mano conquiste,  
lo que conquisten tus gracias,  
disiparáse en meriendas,  
toros, calesas y zambras.

Con lo cual, y mi respeto,  
verás que todos te aclaman  
por reina del *Lavapies*  
y por Diosa de las gracias.

Yo en tanto al pie de tu altar,  
sin escuchar sus plegarias  
me haré cargo del tributo  
que brinde amor á tus plantas.

Tú, dueña de tu albedrío  
de la noche á la mañana,  
modelarás tus acciones  
como quieras modelarlas.

Yo llevaré la razon  
de las salidas y entradas,  
y jamas, te lo prometo,  
querré terciar con mi baza.

Antes bien tendré por dicha  
si tras de aquellas andanzas  
te acuerdas que solitario  
te espera tu esposo en casa;

Y vuelves á su cariño  
despues de matar cien almas  
desde la *red de San Luis*  
á la *plaza de Santa Ana*.

O sino quieres casarte,  
abre esa puerta, tirana,  
y hazme tan solo un favor,  
que no quedarás burlada;

Porque aqui con estos trapos  
y debajo de esta capa  
todavía queda *un duro*  
para premiar tanta gracia.

Esto decia *el Zurdillo*  
á la puerta de la *Paca* ;  
pero era hablar á los vientos,  
porque ella no estaba en casa.



# Una noche de vela.



## I.

¡Oh variedad comun, mudanza cierta!  
¿quién habrá que en sus males no te espere,  
quién habrá que en sus bienes no te tema?

*Argensola.*

Doy por supuesto que todos mis lectores conocen lo que es pasar una noche en un alegre salon, saboreando las dulzuras del carnaval, en medio de una sociedad bulliciosa y partidaria del movimiento; quiero suponer que todos ó los mas de ellos comprenden aquel estado feliz en que constituyen al hombre la grata conversacion con una linda pareja, el ruido de una orquesta armoniosa, el resplandor de la brillante iluminacion, la risa y algazara de todos aquellos grupos, que se mueven, que se cruzan, que se separan, y que luego se vuelven á juntar. Quiero igualmente sospechar, que concluido el baile y llegada la hora fatal del desencantamiento, alguno de los concurrentes, lleno el corazon de fuego y la cabeza de magníficas